

I. Lo “indígena” como proyecto político

Las ceremonias en torno a la toma de posesión de Evo Morales Aima como presidente electo de Bolivia, han suscitado una serie de expectativas, esperanzas y sentimientos de satisfacción, pero también de interrogantes, preocupaciones y temores. Tanto la ceremonia aimara en Tiwanaku como la posesión del cargo presidencial en La Paz, estaban bajo una fuerte carga “indígena”; la simbología andina (sobre todo la aimara) estaba presente en todas partes, desde la vestimenta, la música, los discursos hasta la presencia de mujeres y varones indígenas provenientes de las dos Américas.

En los últimos meses, se podía apreciar un debate caluroso en los medios sobre la “indigeneidad” de Evo Morales. El novelista peruano cosmopolita Vargas Llosa desató en El País una controversia sobre el asunto, tomando lo “indígena” como una categoría netamente fisonómica y hereditaria. En el Censo Nacional de 2001, más del 62% de las y los bolivianas/os mayores de 18 años se consideraban “indígenas”, lo que no puede significar que todas y todos tengan tez oscura, rasgos andino-amazónicos, apellidos quechuas o aimaras, hablen un idioma vernáculo, practiquen rituales ancestrales y mastiquen coca.

Es hora entonces de hablar de lo “indígena” como una categoría social y política, más que de un rasgo racial y étnico. Tanto en la ceremonia andina de Tiwanaku como en la fiesta en la plaza de los Héroes en La Paz, llamaba la atención la presencia multitudinaria de extranjeras y extranjeros no-indígenas (en un sentido étnico). ¿Qué fue lo que buscaban en un acontecimiento que significa un verdadero *pachakuti* en la historia de Abya Yala?

Pienso que lo que se preparaba a lo largo de los últimos quince años en Bolivia –pero también en otras partes del continente– y que se desembocó el 18 de diciembre de 2005 en la victoria aplastante del MAS (Movimiento al Socialismo) y de Evo Morales, es el resurgimiento de un proyecto político a partir de lo “indígena”. No se trata de otro gobierno “racista” (aunque del otro bando) y etnocéntrico, sino de la recuperación del poder de las y los que fueron subyugados/as y desempoderados/as a lo largo de los últimos 500 años.

Este proyecto político “indígena” no tiene como objetivo una sociedad étnicamente pura y no pretende implementar un apartheid al revés. Quiere plantear revertir una injusticia histórica gigantesca (por eso ya un verdadero *pachakuti*) y plantear alternativas desde la “América Profunda” al modelo occidental capitalista y neoliberal. La experiencia milenaria de los pueblos indígenas de Bolivia y *Abya Yala* en general puede aportar elementos propositivos y esperanzadores en este momento crucial de la historia de la humanidad.

Lo “indígena” se inserta en la onda altermundista (“otro mundo es posible”) desatada por otra revolución indígena, la zapatista en México, en el sentido de plantear una política y economía desde valores y cosmovisiones “indígenas”. Esto significa que lo “indígena” no es propiedad exclusiva de aimara- y quechua hablantes, ni de personas con tez oscura, sino de todos los pueblos de buena voluntad que quieren y trabajan por un cambio radical (paradigmático) en las relaciones humanas y con la naturaleza.

Lo “indígena” como proyecto político parte de la convicción andina (y fuera de ella) de que el ser humano no es dueño de la “casa común” (*oikumene*) que se llama *pacha*, cosmos, naturaleza, Tierra o como sea, sino que es copartícipe creador y vigilante del orden universal. Y eso a su vez lleva a la posición política de que los recursos naturales nunca pueden ser

propiedad de un puñado de empresas privadas, porque el agua que bebemos, el aire que respiramos y los bosques que transitamos son de todas y todos. Por otro lado, lo “indígena” como proyecto político hará hincapié en la reciprocidad y equilibrio entre los actores, sean humanos o no humanos, cuestionando severamente los dogmas vigentes del neoliberalismo y la política oligárquica de exclusión. Será un proyecto incluyente o no será ya proyecto.

Es de esperar que el nuevo gobierno de Evo Morales entienda lo “indígena” en este sentido y no lo deje devaluar como un proyecto etnocéntrico, excluyente, anacrónico y patriarcal. La equidad de género –por ejemplo– será un desafío mayor, en vista de que en las campañas del MAS e incluso en el gabinete del nuevo gobierno, las mujeres ocupan un lugar marginal. Lo “indígena” como proyecto político necesariamente incluye la equidad real de las mujeres, en todas las capas de la sociedad; en su defecto, el nuevo gobierno perpetuaría el antiguo patriarcalismo criollo por un machismo aimara, invocando en vano lo “indígena” para tal empresa.

Habrá también que internacionalizar (como una globalización de la solidaridad) lo “indígena”, buscando alianzas a través de Estados, culturas, capas sociales, colores de piel y religiones, para aunar esfuerzos para materializar este sueño de “otro mundo posible”. Si lo “indígena” maneja una lógica incluyente, no existe ninguna razón por la que tendría que caer en el exclusivismo occidental, pero esta vez desde el otro lado. Lo peor de un gobierno “indígena” sería una política basada en un etnocentrismo andino y una política de cuoteo (nepotismo) indígena. Recién la liberación de lo “indígena” de lo étnico y racial le puede dar dignidad social y política que va mucho más allá del MAS (Movimiento al Socialismo) y de Bolivia.